Arzobispo
Ricardo Blázquez Pérez

Carta

Queremos ver a Jesús

24 de octubre de 2010

«*Queremos ver a Jesús*» (Jn 12,21). Este deseo expresado por unos griegos que habían llegado a Jerusalén para la Fiesta de Pascua, y dirigido a Felipe, uno de los Doce que acompañaban a Jesús, es el lema de este año para la Jornada Mundial de las Misiones. El Evangelio se abre más allá de las fronteras de Israel. ¿Movía a aquellos griegos la curiosidad por ver a Jesús, de quien habían oído a muchos contar cosas inauditas? ¿Suplicaban poder encontrar a quien presentían en su interior como el Salvador del mundo? ¿No existe en nuestro tiempo una añoranza de Dios, aunque el término del deseo reciba también otros nombres? ¿No hay, más allá de la perceptible indiferencia, del rechazo y hasta de la agresividad de muchos de nuestros contemporáneos hacia lo religioso, una búsqueda de salvación, de sentido que ilumine la vida, de norte que nos oriente en medio de nuestro caos y confusiones? ¿No existe en el sentimiento de vacío una querencia del Dios desconocido? A veces puede vislumbrarse la necesidad de Dios en forma de ausencia. Todos buscamos el bien, la felicidad, la paz, la vida plena; y esta búsqueda señala hacia dónde tiende nuestro corazón.

Los peregrinos griegos de hace dos mil años, y también los hombres y mujeres de nuestro tiempo, piden a los discípulos de Jesús, nos piden a los cristianos, que no sólo hablemos de Jesús, sino que les ayudemos a ver a Jesús, que les mostremos el rostro del Redentor que ha venido a salvar a todos los hombres, de todos los pueblos, de todas las generaciones. A esta búsqueda, a veces inconsciente, debemos intentar responder los cristianos, que en virtud del Bautismo somos misioneros del Evangelio y miembros de la Iglesia, que es misionera por naturaleza.

personas que quieren ver a Jesús y formar parte de la comunidad de sus amigos. Nuestra sociedad sabe que lo que reciben los misioneros con una mano lo dan con la otra, ya que sería un contrasentido entregar la vida y retener el dinero. ¿No es verdad que a través de los misioneros la Iglesia se siente bien representada y que ellos muestran el rostro bondadoso del Padre celestial? ¿No es verdad que quienes desde nuestras latitudes se acercan a ellos, unas veces por curiosidad, otras para informar sobre la indigencia de hombres y mujeres, ancianos y niños, de aquellos países distantes, otras para mostrar lo que se puede hacer en favor de los pobres, otras para colaborar durante algún tiempo, quedan impresionados por los misioneros? ¿Qué los ha puesto en camino y los retiene años y años junto a aquellas personas, compartiendo un nivel y unas condiciones de vida que a veces producen una profunda conmoción? A los misioneros se dirigen las personas con las que conviven y también nosotros a distancia con la súplica de aquellos griegos: «*Queremos ver a Jesús*». Estamos llamados a testimoniar a Dios que es Amor no sólo verbalmente, sino realmente, es decir, con las obras y con la vida humilde, sacrificada y servicial.

Jesús encarnó y reveló el amor de Dios, haciendo el bien a los enfermos y acogiendo a los pecadores, perdonando a quienes lo crucificaban y ejercitando la misericordia en favor de quien, crucificado a su lado, le pidió que se acordara de Él cuando llegara a su reino. El amor auténtico no pasa nunca y nunca deja a nadie indiferente; es siempre elocuente y misionero. Así podemos ayudar a ver a Jesús. A través del Evangelio, anunciado y vivido, la Iglesia es patria donde los hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación van siendo convocados, ya que la comunidad de discípulos de Jesús es signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano.

Ante la Jornada Mundial de las Misiones recordemos a nuestros misioneros en la oración y con gratitud; estemos en comunicación con ellos; seamos generosos, a pesar de las dificultades económicas de la actual coyuntura, para ayudarles y para sostener las obras que ponen en marcha. La Iglesia es misionera en la vanguardia, en los conventos de vida contemplativa, en las parroquias y comunidades eclesiales, en las familias cristianas. Es saludable que alarguemos la mirada a otros pueblos y vivamos la fe en su dimensión misionera. Un saludo cordial en el Señor, en este mes de octubre, misionero y mariano al mismo tiempo.